

INFORME INTERNACIONAL APROBADO EN EL PRIMER CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO DE CHILE. * Febrero de 1966

I

Vivimos en una época de aguda lucha de clases y de profundas contradicciones que marcan la crisis mundial del sistema capitalista. Las revoluciones proletarias y las guerras imperialistas son sus expresiones más definidas. Después de la II Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano subordinó a sus ex-aliados y enemigos imperialistas en una estructura político-económico-militar al servicio de sus planes de dominación mundial, transformándose en el eje de la reacción internacional y de la contrarrevolución en el mundo entero. A esta fuerza, que trata de impedir, frenar o desviar el progreso de la Humanidad y su desarrollo social, para conservar su sistema de explotación, se opone la lucha revolucionaria de los pueblos. Esta última fuerza está compuesta por los países socialistas, el proletariado revolucionario y los pueblos oprimidos que luchan por su liberación, los que forman el núcleo del frente unido internacional anti-imperialista. A este núcleo se suman también otras fuerzas en contradicción con el imperialismo, como los movimientos nacionalistas, los países neutrales, etc., cuya base social o dirección burguesa o pequeño burguesa le dan un carácter de aliados circunstanciales e inestables.

Dentro de estos dos campos en lucha, existen contradicciones; tanto en el campo imperialista como en el campo de los pueblos. Estudiar objetivamente ambas fuerzas en pugna y analizar y resolver correctamente las contradicciones del campo de los pueblos con el enemigo, así como sus contradicciones internas, es tarea fundamental de los revolucionarios.

Naturaleza y base social del imperialismo norteamericano. Sus instrumentos políticos, militares, económicos e ideológicos

El imperialismo es una fase superior del capitalismo que se produce inexorablemente, por la concentración de capitales en grandes trust y monopolios y que busca los instrumentos .del Poder para dominar y expandir sus mercados, eliminar la competencia, asegurar un firme control sobre las materias primas y proteger sus inversiones. Su base social es, desde luego, la burguesía que posee y maneja los medios de producción, el capital monopolista, así como los instrumentos financieros, políticos y militares del Poder. A ellos se suman sus aliados y lacayos en las zonas dominadas. Este grupo social poderoso, pero minúsculo en número y sometido a múltiples contradicciones internas, depende para existir, de la explotación de amplias masas humanas y del saqueo y la expropiación de pueblos enteros. Esta contradicción fundamental torna débil a cualquier imperialismo, porque sus enemigos naturales son siempre más fuertes en potencia. Aunque sus capitales son inconmensurables y sus instrumentos de dominación sean muy poderosos, serán siempre "gigantes con los pies de barro", como los definió Lenin.

El imperialismo norteamericano, a pesar de ser el más poderoso de los que ha conocido la historia y de haber logrado infiltrar y subordinar a otros imperialismos,

no escapa a la definición de Lenin. Su esfera de acción abarca a los cinco continentes y, para ello, ha debido crear múltiples instrumentos de penetración y dominio, pero sus contradicciones internas son también las más violentas y el frente de lucha que le presentan los pueblos, abarca, prácticamente a la absoluta mayoría de la humanidad. Esto también lo hace extremadamente vulnerable en el terreno militar. La enorme extensión de sus líneas de abastecimiento y la imposibilidad de guarnecer todos sus flancos lo colocan en una posición precaria frente al asedio y a la lucha de los pueblos. Es una bestia que no puede dar zarpazos en todas direcciones. La propia violencia de sus golpes limita su resistencia. En frente a los pueblos es un tigre de papel.

Como todos los imperialismos, el norteamericano necesita para existir no sólo explotar sino también expandirse. Las ganancias fabulosas que obtienen sus capitales deben ser reinvertidos velozmente y, para eso, necesita nuevos territorios que garanticen sus inversiones. Su maquinaria crece constantemente y sus industrias necesitan cada vez mayores cantidades de materias primas y la permanente ampliación de sus mercados. Si se detiene esta expansión, la maquinaria imperialista se destroza por crisis económica interna, ya que la esencia de su sistema le impide la planificación racional de su actividad. Por eso, independientemente del carácter de los gobernantes norteamericanos, la estrategia global del imperialismo yanqui y su actividad concreta se dirigen a la dominación mundial. El estrecho círculo del capital monopolista y su expresión militar en los Estados Unidos, el Pentágono, forman, el núcleo central de este imperialismo, que se mueve inexorablemente tras ese objetivo. De ahí que la preparación para la guerra sea su preocupación fundamental. Basta recordar que más del 60% del presupuesto de los Estados Unidos está destinado a gastos militares; no para la defensa de sus fronteras, que nadie amenaza, sino para la agresión y la dominación sobre otros pueblos, incluido el pueblo de los Estados Unidos. Los soldados yanquis están repartidos por todos los continentes y hay más de tres mil trescientas bases militares norteamericanas alrededor del globo terrestre. Estados Unidos mantiene más de un millón de soldados fuera de sus fronteras ocupando otras tierras. Sus aviones cargados de bombas nucleares y sus naves de guerra y sub-marinos atómicos infectan los cielos y las aguas de gran parte del mundo mientras sus aviones espías tratan constantemente de introducirse en el espacio aéreo del Campo Socialista. Es toda una inmensa maquinaria bélica, como no se había conocido en la historia de la humanidad, a la que se suman los ejércitos de los gobiernos controlados por Estados Unidos, creada para conservar y expandir su sistema de saqueo y opresión, y para amenazar, chantajear y agredir a las naciones independientes. El imperialismo yanqui se ha convertido, así, en la peor amenaza para la Paz Mundial.

En estrecha alianza con los grupos reaccionarios de cada país, este imperialismo ha logrado apoderarse del 60% de los recursos naturales de toda la tierra. Controla y maneja a su antojo el mercado mundial y, a través del chantaje y la presión económica sobre las pequeñas naciones dependientes, mantiene bajos los precios de las materias primas que necesita su industria, mientras obliga a comprar sus maquinarias y mercancías a altos precios e impone la utilización de sus propios medios de transportes. De esta manera ha mantenido el atraso y ha sembrado el hambre y la miseria en vastas zonas de la tierra. Todos los brotes de rebelión que esta situación genera constantemente tratan de ser sofocados de inmediato por la violencia, usando el aparato militar represivo que ha creado la alianza reaccionario-imperialista. La represión sangrienta de cualquier tipo de conflicto que ponga en peligro los intereses norteamericanos es una orden del día del Pentágono

yanqui. Los gobiernos que; se muestran débiles en aplicarlas son rápidamente reemplazados por dictaduras militares, experiencia ya muy conocida por casi todas nuestras naciones latinoamericanas.

En los países dominados por el imperialismo yanqui, la industria nacional ha sido sistemáticamente destruida para dar paso a la extensión de los monopolios norteamericanos. Los propios organismos del Estado son encargados de investigar los costos y las posibilidades del mercado interno en el afán de asegurar ganancias a los capitales norteamericanos y a sus filiales en Alemania, Italia o Inglaterra. Los salarios de los obreros y campesinos se mantienen a niveles de hambre, con el pretexto de combatir la inflación, pero, en el fondo, con el único propósito de dar garantía de mano de obra barata a los inversionistas yanquis y sus socios del gran capital internacional. Los organismos de penetración y dominación económicas, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, las bancas de desarrollo regionales, la Alianza para el Progreso, etc., establecen una férrea cadena que, a través de préstamos y obligaciones, van maniatando toda posibilidad de desarrollo independiente para las naciones que caen en su órbita. Si algún gobierno se resiste a sus presiones o trata de velar por los intereses nacionales, el imperialismo yanqui recurre a la intriga, a la subversión militar o el crimen político para eliminarlo. En este sentido, su principal instrumento es la C.I.A. (AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA), cuyo presupuesto es más de 15 veces superior al de todas las actividades diplomáticas de los Estados Unidos. Las actividades de esta central del gangsterismo norteamericano han quedado en evidencia en Guatemala, en Playa Girón, en el Brasil, en los continuos golpes de Estados de África y el Medio Oriente y, últimamente, en Indonesia y Ghana.

Para cumplir sus planes de dominación mundial, el imperialismo norteamericano necesitaba organizar el apoyo político de los gobiernos reaccionarios a su servicio. Con este fin desplegó, desde la II Guerra Mundial» una intensa actividad en la creación de una serie de organismo que le entregaran el control de los gobiernos y ejército aliados. Así nacieron la O.T.A.N. (Organización del Tratado del Atlántico Norte), que agrupó al Canadá junto a importantes potencias europeas: la C.E.N.T.O.; la O. E. A.; la S. E. A. T. O., etc., estableciendo de hecho su hegemonía política ya que el único socio que participa en todas estas organizaciones regionales, y con el carácter de amo y señor, es el gobierno de los Estados Unidos. Pero, el organismo internacional más importan le con que cuenta el imperialismo norteamericano y el que más le ha servido para llevar a cabo sus fines y revestir de legalidad sus agresiones es la O.N.U. (Organización de las Naciones Unidas). Este organismo reviste una importancia especial porque en él participan, junto a los imperialistas, gobiernos reaccionarios de todo el mundo, algunos estados socialistas y las naciones neutrales y países asiáticos y africanos recién independizado". Es como un gran parlamento internacional, donde a veces se escuchan voces de condenación a los métodos imperialistas, que posee grandes instituciones colaterales dedicadas a estudiar los problemas del llamado "sub-desarrollo", del hambre, de la educación y la cultura, donde una frondosa tecnocracia prepara los fundamentos ideológicos para la "colaboración internacional", ocultando las raíces de los problemas de nuestra época, y donde todas las aspiraciones del reformismo burgués encuentran pleno eco, todo lo cuál, le da un aspecto exterior de respetabilidad. Sin embargo, el imperialismo lo controla totalmente y, a pesar del derecho de veto que tiene la U.R.S.S. en su Consejo de Seguridad, todas sus acciones concretas han estado al servicio de la agresión y dominación imperialista. Nadie puede olvidar la brutal agresión llevada a cabo por los imperialistas contra el pueblo de Corea, usando las banderas de la O. N. U., ni la intervención descarada

que ellos hicieron en el Congo después que las Naciones Unidas les prepararon el terreno. Es un organismo de gran utilidad para la diplomacia norteamericana, para los contactos y el juego oculto de las grandes potencias, para respaldar la cortina de humo de sus fraudes de paz mientras realiza sus actos agresivos. Allí el imperialismo norteamericano ha manejado siempre los mecanismos para impedir la entrada de la República Popular China, la República Democrática de Corea y la República Democrática de Vietnam, seguros de que estos gobiernos proletarios denunciarían sus sucias maniobras. Ante los pueblos, el desprestigio de la O.N.U. es cada día más evidente y los imperialistas y sus aliados deben hacer grandes esfuerzos publicitarios para convencer a alguien de que es un organismo que representa a la humanidad, mientras más de una cuarta parte de ella está excluida y China, como nación fundadora y con derecho a un asiento en el Consejo de Seguridad, aparece representada por un payaso de la camarilla de Chiang Kai-Shek.

Junto a su gran aparato de dominación económica, política y militar, el imperialismo yanqui mantiene otra serie de organismos para la destrucción de la unidad sindical —como la ORIT, la FL-CIOSL, etc. que agrupan a los sindicatos amarillos— y para la penetración ideológica y cultural. La cultura nacional es parte fundamental de la independencia de un pueblo, así como destruirla es objetivo de toda fuerza dominadora. En este sentido el imperialismo norteamericano realiza considerables esfuerzos para suplantar las culturas nacionales, corromper a los artistas y separarlos de sus pueblos, imponer entre las masas dominadas sus mercancías ideológicas y su arte decadente. Cuenta para ello con su control sobre la prensa, la radio, la televisión y el cine, manejados de hecho por las agencias publicitarias que sirven a los grandes monopolios. A través de estos medios de difusión, trata de convertir a sus gangsters, a sus soldados y agentes secretos en los héroes de la juventud, pervierte las costumbres y siembra el odio y los prejuicios raciales en la mente de sus propias víctimas. Aún las universidades, la educación, las editoriales y los museos de arte van siendo controlados a través de préstamos y asignaciones, por las instituciones "culturales" del imperialismo. Una filosofía de desaliento y escepticismo es predicada oficialmente mientras son propiciadas las tendencias artísticas más absurdas e irracionales. Los monopolios necesitan un mundo idiotizado para conservar en pie su feroz sistema de explotación.

Por todas estas razones, el imperialismo norteamericano es el principal obstáculo para el progreso humano y el enemigo número uno de los pueblos del mundo.

Las contradicciones del imperialismo norteamericano con sus aliados imperialistas

A pesar del indudable control que obtuvo el imperialismo norteamericano sobre las potencias coloniales e imperialistas de Europa, de su dominio militar y político sobre el Japón y de su influencia sobre los gobiernos industrializados de Europa Occidental y Canadá, existen contradicciones agudas en el campo imperialista. Algunas naciones que viven de la exportación de productos industriales se encuentran asfixiadas por la falta de mercados y por la competencia de Estados Unidos. Aunque el capital norteamericano está presente en una gran parte de los grandes monopolios y empresas importantes del mundo capitalista, existe una pugna notable por parte de grupos económicos poderosos que ven disminuidas sus posibilidades de desarrollo por los controles financieros que ha impuesto el imperialismo yanqui. A esto se suma la resistencia de algunos grupos gobernantes a dejarse arrastrar a grandes conflictos y a realizar sacrificios en exclusivo interés de la política de Washington. La aventura yanqui en Vietnam, ha dejado en claro el

poco entusiasmo con que sus aliados acompañan al agresor y, más evidente aún, es la brecha que se ha abierto entre los gobiernos de Francia y los Estados Unidos.

El imperialismo norteamericano cumple su papel de gendarme internacional; ayuda a los colonialistas británicos en sus intrigas para mantener sometidos a los pueblos de Malasia y contribuye con ellos al asesinato de los patriotas de Adén y el Yemén, entrega armas a los colonialistas portugueses y ha prestado servicios a los colonialistas belgas para masacrar al pueblo congoleño; pero, al mismo tiempo, cobra gruesas comisiones por su intervención, desplazando muchas veces a sus aliados en el control económico de sus colonias y ex-colonias. La rapiña inter-imperialista es también una realidad. Por eso, a pesar de sus esfuerzos, el imperialismo yanqui no ha podido crear un frente sólido. Sus socios son de su misma estirpe y su unidad está basada en los dividendos que produce la explotación de otros pueblos. Es una unidad frágil, que tiende a romperse cada vez que sus respectivos intereses coinciden plenamente y surgen riesgos innecesarios para algunos de ellos. Es notable, por ejemplo, que el gobierno norteamericano aún no haya logrado que sus cómplices aprueben su proyectada Fuerza Nuclear Multilateral, así como el retiro de Francia de la N. A. T. O. lo que indica la existencia de graves trizaduras en el campo imperialista.

Todas estas contradicciones tenderán a agravarse, indudablemente, en la medida en que el imperialismo yanqui desarrolle su política de dominación mundial y la resistencia de los pueblos torne más y más arriesgada y difícil su plan agresivo.

II

El ascenso de la lucha de los pueblos contra el imperialismo

Al finalizar la II Guerra Mundial, el imperialismo norte-americano se enfrentó a una situación completamente nueva. La agresión fascista desencadenada por el imperialismo alemán, italiano y japonés había provocado una amplia reacción revolucionaria de los pueblos. Los países de Europa oriental se liberaron de la opresión capitalista, mientras el imperialismo tuvo que ahogar en sangre la revolución de Grecia y hacer un esfuerzo desesperado para impedir el triunfo proletario en Bélgica, Francia e Italia, donde la lucha antifascista había generado un potente movimiento armado popular. Casi apenas terminada la Guerra del Pacífico, los imperialistas tuvieron que sufrir su más grande descalabro en el Asia con el triunfo de la Revolución China y, ante las debilitadas potencias colonialistas empezaron a surgir nuevas naciones independientes en Asia y África. El imperialismo vio, en pocos años, reducida geográfica y políticamente su base de sustentación.

Ante este nuevo panorama, el imperialismo yanqui comprendió que sus planes de dominación mundial -cuyo objetivo final es la liquidación de los países socialistas y la extirpación de todos los focos revolucionarios- no podía realizarse sin antes aislar a las naciones socialistas. Para lograrlo, inició la llamada "guerra fría", desatando una lucha enconada por el control de la amplia zona intermedia. La actividad política y militar del gobierno de Washington se ha dirigido fundamentalmente, desde entonces, a crear las condiciones para el ataque directo a los Estados Socialistas. Ha establecido una inmensa cadena de bases militares que los rodean y se dirigen contra ellos. Su diplomacia ha creado múltiples alianzas regionales para asegurarse el apoyo político y la contribución militar de los países de su órbita en sus futuras agresiones al Campo Socialista. Pero, comprende perfectamente que no puede dar sus pasos definitivos si no ejerce un control absoluto de la zona intermedia. Su base económica, sus recursos en materiales estratégicos están allí.

Una parte importante de su carne de cañón espera reclutarla también de allí

Sin embargo, en esta zona intermedia se presentan las mejores condiciones para la lucha revolucionaria de los pueblos. Las masas populares están sometidas a la más violenta forma de explotación y la dominación colonial o imperialista es resistida por amplios sectores nacionales. En esta zona, que reúne a las vastas regiones atrasadas y expoliadas por el capital internacional, están los pueblos que hacen revoluciones, pueblos en lucha armada contra el imperialismo, pueblos en lucha nacional contra la agresión extranjera, como en el caso de Vietnam, y países que mantienen una actitud independiente. Asia, África y América Latina se han convertido en las tierras más inflamables para la acción revolucionaria y el imperialismo debe correr de un lado para otro tratando de apagar los incendios.

El ascenso de la lucha popular en escala mundial ha puesto en grave peligro la estrategia global del imperialismo yanqui, lo ha obligado a mostrar su ferocidad y lo ha llevado a gastar inmensos recursos en acciones militares y en ayuda económica a sus tambaleantes títeres. El punto culminante de la lucha popular lo marca, indudablemente, la guerra patriótica del pueblo vietnamita, pero toda la zona intermedia tiende a convertirse en una inmensa ciénaga para el imperialismo. Aunque sus esfuerzos de guerra se concentran en Vietnam y en la preparación de una agresión más amplia a los Estados Socialistas del Asia, debe mantener miles de soldados en la República Dominicana y estar pronto a despachar tropas a los cuatro puntos cardinales, donde la actividad revolucionaria se genera constantemente en su contra. El propio pueblo norteamericano ha iniciado un movimiento de gran importancia en la lucha antiimperialista, que agrupa a vastos sectores que se oponen a la agresión en Vietnam y a los que se suman los millones de seres explotados, del pueblo negro.

Sin embargo, estas condiciones favorables sólo podrán rendir sus frutos bajo una correcta dirección política, ya que el imperialismo no sólo está a la defensiva sino que ha demostrado su agresividad en Corea Vietnam, en el Congo y últimamente en la República Dominicana e Indonesia. Es necesario unir a todas las fuerzas antiimperialistas, despertar la conciencia de las masas explotadas de todo el mundo, incorporar al gran frente mundial contra el imperialismo yanqui, a todas las fuerzas que tienen contradicciones con el enemigo número uno de los pueblos y combatir las diversas formas de conciliación que tratan de desarmar a los pueblos y dejar las manos libres al agresor. Una dirección política correcta no puede buscar un entendimiento ni la mantención de un status-quo con el imperialismo, sino que tiene que estar claramente encaminada a la total liberación de los pueblos de la tierra y a la completa eliminación del imperialismo yanqui y de todas las formas de opresión imperialista. Esta dirección sólo puede estar en manos del proletariado representado por su vanguardia marxista-leninista, contando como base de apoyo, con los países socialistas que se mantienen fieles a la revolución mundial, al internacionalismo proletario y a las ideas de Marx y Lenin.

III

El Revisionismo Contemporáneo, Traidor a la Revolución Mundial y aliado del imperialismo yanqui

En este momento, de gran auge de la lucha los pueblos, de grandes posibilidades revolucionarias y de crisis para el imperialismo y para el capitalismo en general, ha surgido dentro del movimiento obrero una corriente contraria, esencialmente opuesta a la Revolución, temerosa de una decisión definitiva en la disputa del Poder con la burguesía y temerosa y claudicante frente al imperialismo. Este no es un

hecho nuevo; corrientes semejantes surgieron ante el movimiento obrero y siempre en un momento de gran auge en la lucha. Berstein encabezó una corriente que se opuso a Marx y a Engels; Kautsky otra que se opuso a Lenin, así como Jruschov y sus continuadores se han opuesto a Stalin y a Mao Tsetung. Es el caso del revisionismo contemporáneo que, por tener su centro en la U.R.S.S., reviste características especiales.

Como todas las ideas, el revisionismo en la U.R.S.S. tiene una base social que encuentra su equivalente en varios países socialistas. Esta capa social —con las características de una nueva burguesía— se ha podido formar debido a una incorrecta apreciación de la lucha de clases y del desarrollo de la sociedad socialista. Esta experiencia dolorosa para el movimiento obrero ha demostrado que, en la etapa de la construcción del socialismo, la lucha de clases no desaparece sino que, por el contrario, se vuelve particularmente intensa y que las tendencias burguesas encuentran nuevas formas de expresión y de influencia en los funcionarios, oficiales del ejército, técnicos y en los restos del campesinado rico. Se trata de una nueva clase que no sólo puede generar graves desviaciones en la dirección política sino que, incluso apoderarse del Poder para aplicar y desarrollar una política diametralmente opuesta al socialismo y a la Revolución Mundial.

En el plano interno, el revisionismo contemporáneo busca la destrucción sistemática de las bases de la economía socialista, eliminando paso a paso la planificación y el control estatal sobre la producción y el mercado, para obtener el retorno a una economía capitalista basada en la ley de la oferta y la demanda, lo que significa la vuelta a una sociedad de explotadores y explotados. La prensa burguesa de los países capitalistas ha reconocido a sus hermanos de clase y celebra jubilosamente cada nuevo paso que dan en este sentido los gobernantes revisionistas. Este camino contrarrevolucionario lo recorren los revisionistas atacando las bases ideológicas de la Revolución de Octubre, su concepción del hombre y de la sociedad, para reemplazarlas por las ideas motrices de la sociedad burguesa: el liberalismo y el estímulo material. O sea, renunciar a preparar al hombre para la sociedad futura, a educarla en el espíritu colectivista, para sumergirlo de nuevo en la competencia individualista, en el espíritu de la selva capitalista, regida por la ley del más fuerte o del más poderoso. Mientras cumplen su tarea de destrucción de todo lo más esencial que crearon los revolucionarios y se aprovechan de la poderosa maquinaria militar, industrial y técnica desarrollada por el pueblo bajo una correcta dirección, los revisionistas lanzan, como cortina de humo para engañar a las masas, las más absurdas promesas de auge económico y de pronta construcción del comunismo.

En el plano internacional, esta tendencia encuentra su más acabada expresión en la búsqueda del compromiso sin principios y la capitulación frente al imperialismo, así como en el temor y la renuncia a la Revolución Mundial. En el terreno de la actividad política, ella se expresa en la línea general de la "coexistencia pacífica", la "competencia pacífica" y la colaboración internacional.

Esta línea de "coexistencia pacífica" —que nada tiene que ver con la coexistencia pacífica enunciada por Lenin, ni con los principios de coexistencia pacífica proclamada en Bandung— se caracteriza, en el plano estratégico, por la adaptación a la política del imperialismo yanqui y por la subordinación de los intereses de la Revolución y de los pueblos al juego político de la U.R.S.S., para fijar dos grandes zonas de influencia. Es decir, para compartir con el imperialismo yanqui el dominio del mundo.

Esta concepción de chauvinismo imperial empapa completamente la acción política de los Estados revisionistas, los Partidos Comunistas revisionistas y sus

organizaciones de masas, y ha tenido nefastas influencias en el movimiento democrático internacional.

En esta línea de colaboración con el imperialismo, ha jugado un papel preponderante la O.N.U., que el revisionismo pretende presentar como una organización por encima de las clases y los Estados y al margen de la gran confrontación de nuestra época entre la Revolución y la contrarrevolución. Los Estados revisionistas contribuyen a los esfuerzos del imperialismo para darle a la O.N.U. una apariencia respetable y por hacer que los pueblos alienten esperanzas en su acción. En el fondo, se trata de una concepción revisionista, de una superestructura desligada de la base de clase, la idea de la "vía parlamentaria" en escala internacional. Así como, en cada día, los parlamentos serían para ellos el lugar apropiado para acomodar los intereses del proletariado a los de la burguesía, en la O. N. U. se podrían acomodar los intereses de los pueblos explotados a los de sus explotadores. Pero, no sólo han hecho concebir esperanzas sobre tal organismo sino que, en los hechos, todas las agresiones perpetradas por el imperialismo yanqui bajo la bandera de la O.N.U., han contado con la complicidad silenciosa o abierta de los revisionistas.

Desdeñando los fundamentos del marxismo-leninismo y del materialismo histórico para servir a sus intereses oportunistas, el revisionismo ha formulado, con gran propaganda, su política de desarme. Esta política pretende desconocer el hecho objetivo de que los ejércitos son la expresión de las clases en el Poder y que "un mundo sin armas y sin ejército" sólo será posible en un mundo sin clases. En su formulación presente, la política de desarme mantenida por el Estado Soviético no tiende a aislar y a desarmar a los imperialistas, sino a desarmar a los pueblos. Prueba suprema de ello es el Tratado Tripartito, firmado por los soviéticos y los imperialistas en Moscú para oponerse a las pruebas nucleares en la atmósfera — que ninguno de ellos ya necesitaban— lo que, en el fondo no ha sido más que una oscura maniobra para asegurarse el monopolio de las armas nucleares e impedir que la República Popular China pudiera obtener la bomba atómica. Con la actitud más farisea e hipócrita, los revisionistas se empezaron a preocupar por la contaminación radioactiva después de que ellos y los norteamericanos ya tenían su arsenal atómico y justo cuando China estaba pronta a hacer su primera experiencia. ¿A quién pretendían ayudar y a quién pretendían perjudicar los revisionistas con dicho tratado?, ¿al campo imperialista o al campo revolucionario?. Hasta un niño podría responder a esa pregunta.

La historia internacional de los últimos años prueba hasta la saciedad, la naturaleza traidora del revisionismo. Mientras el imperialismo yanqui ha mantenido una política sistemática contra-revolucionaria, al servicio del gran capital monopolista yanqui, los revisionistas han pretendido sembrar ilusiones sobre la naturaleza del imperialismo y sus personeros. Mientras ellos se han deshecho en elogios al "espíritu de Viena", al "espíritu de Camp David", al "espíritu de Moscú" y al "espíritu de Taschkent", y han puesto grandes esperanzas en cada nuevo gobernante norteamericano, los pueblos no podrán olvidar jamás que fue Truman el que ordenó arrojar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, comenzó la guerra fría, declaró la guerra de Corea, rompió los acuerdos de Berlín e invadió Taiwán; que fue Eisenhower el que ordenó la invasión de Guatemala, promovió la "doctrina Eisenhower" para dominar el Medio Oriente, apoyó militarmente la intervención en el Congo, inició la guerra en Vietnam e hizo los preparativos para la invasión en Playa Girón; que fue Kennedy quien realizó la agresión de Playa Girón, bloqueó a Cuba y desató la crisis del Caribe, agredió al pueblo panameño e intensificó la guerra de Vietnam, y finalmente que ha sido Johnson el que ha

continuado extendiendo la agresión a Vietnam y a todos los pueblos de Indochina, extorsiona a sus gobiernos lacayos en Asia y Oceanía, para que le entreguen carne de cañón con que intensificar la monstruosa aventura, alinea a los militaristas japoneses y a los títeres de Corea del Sur y de Taiwán para preparar el cerco y la futura agresión a China, ha organizado golpes de Estado en Brasil y en varios países africanos y ha ordenado la invasión de la República Dominicana por sus tropas, en la más descarada intervención que se recuerde en América. Estos, que sólo son algunos de los crímenes más desembozados de los gobernantes de Washington, revelan la naturaleza del imperialismo que cambia solamente para acentuar sus características agresivas y contra-revolucionarias y que ella es independiente del Presidente o del partido que haya ganado en las elecciones de Estados Unidos.

Frente a esas fechorías, los revisionistas pregonan la colaboración con el imperialismo, elogian la "sensatez" de sus gobernantes y han llegado hasta hacerse cómplices de muchos crímenes. Lo fueron en la intervención contra-revolucionaria de los imperialistas en el Congo, contribuyendo finalmente a financiar la operación que costó la vida a Patricio Lumumba y la independencia al pueblo congoleño; capitularon ignominiosamente durante la crisis del Caribe, negociando intereses de Cuba a sus espaldas; aceptaron encubrir por medio de la O. N. U. la intervención yanqui en la República Dominicana, y hoy cooperan con los reaccionarios indúes y japoneses contra China y se asocian a Chiang Kai-Shek y a la camarilla de Corea del Sur para la creación de un banco regional de desarrollo.

En las conferencias internacionales de las diversas organizaciones de masas, los revisionistas dirigidos por Jruschov se opusieron sistemáticamente a condenar al imperialismo yanqui y a dar su apoyo político a las luchas revolucionarias de los pueblos. Llegaron, incluso, a confabularse con los reaccionarios y los agentes del imperialismo para dividir el poderoso Movimiento Japonés contra las Bombas "A" y "H" y han conspirado permanentemente para destruir el Movimiento Afro-Asiático. Estos servicios al imperialismo dejaron demasiado en evidencia la naturaleza traidora del revisionismo y contribuyeron a desprestigiar y aislar al gobierno de la U.R.S.S. lo que fue una de las causas de la caída de Jruschov. Sus seguidores, más hábiles, han desarrollado una política más sutil e insidiosa; ofrecen su apoyo a las luchas revolucionarias y suscriben documentos antiimperialistas, para luego sepultar las resoluciones y traicionarlas en la práctica. Los mismos que les volvieron las espaldas a las luchas de los pueblos cubano y argelino, hoy pretenden introducirse en los movimientos de liberación para controlarlos, ganar prestigio con ellos y más tarde usarlos como mercadería en su regateo con el imperialismo. Esto, que es verdad en la lucha insurreccional de muchos pueblos, incluido el venezolano, es también verdad, y en el más alto grado de perfidia, en la Guerra de Vietnam.

Enumerar las traiciones de los revisionistas contemporáneos a la Revolución Mundial y el internacionalismo proletario sería tarea larga que supera las posibilidades materiales de este informe. Su negro historial ya ha sido recogido y comentado por otros partidos hermanos, fieles al marxismo-leninismo, y este historial se sigue enriqueciendo cada día con nuevas fechorías.

Su tarea escisionista para dividir el Movimiento Comunista Internacional y el Campo Socialista, parapetado en el prestigio del partido que hizo la Gran Revolución de Octubre, será juzgado implacablemente por las generaciones futuras y, tarde o temprano, será condenado por sus propios pueblos. Sin embargo, los revisionistas contemporáneos, como todos los renegados que ha tenido el

movimiento obrero mundial, serán incapaces de detener la rueda de la historia y, por el contrario, serán inexorablemente aplastados por ella. Su traición es una experiencia dolorosa para el proletariado, pero es, al mismo tiempo, una enseñanza. La polémica pública de los marxistas-leninistas con el revisionismo ha dotado de mejores armas ideológicas a los revolucionarios de todo el mundo. Un poderoso movimiento comunista se está gestando en la lucha contra el imperialismo y el revisionismo y su acción será decisiva para la historia del hombre.

IV

La lucha del pueblo vietnamita, ejemplo de guerra popular

Vietnam es, hoy día, el centro de la lucha antiimperialista en el mundo. Allí está el foco principal de agresión yanqui y, al mismo tiempo, el punto principal de resistencia. El pueblo Vietnamita ha sufrido las agresiones del colonialismo francés, del imperialismo japonés, luego el retorno de los colonialistas franceses y ahora enfrenta la brutal agresión del imperialismo norteamericano. Por más de treinta años, no ha dejado un solo día de luchar. Frente a la agresión reiterada, ha desarrollado la resistencia prolongada. Bajo la dirección del Partido de los Trabajadores de Vietnam y de su líder, el camarada Ho Chi-Minh, el pueblo Vietnamita organizó una heroica resistencia a la ocupación de las tropas japonesas y fue factor decisivo en la derrota del imperialismo japonés en el sudeste asiático. Más tarde, derrota definitivamente a los colonialistas franceses en Dien Bien Phu, a pesar del total apoyo político, militar y económico que le brindó a éstos el gobierno norteamericano. Su victoria, y con ella su independencia, quedó sellada en los Acuerdos de Ginebra, firmados por todas las grandes potencias interesadas en la solución del conflicto que garantizaban al pueblo de Vietnam que quedaría absolutamente libre de tropas extranjeras y que el país, temporalmente dividido en Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, sería reunificado a breve plazo, por los propios vietnamitas, sin ingerencias extrañas de ninguna índole.

Sin embargo, estos acuerdos habían significado un rudo golpe al imperialismo norteamericano en sus planes de dominar todo el sudeste asiático y de usar la península Indochina como parte de su cerco a China Popular y como trampolín para sus futuras aventuras bélicas. Apenas firmados, los Acuerdos de Ginebra empezaron a ser violados por los imperialistas yanquis. Infiltraron a sus agentes en Vietnam del Sur e impusieron la feroz dictadura reaccionaria de Ngo Dinh Diem; organizaron la masacre de miles de dirigentes de la resistencia anticolonialista, destruyeron sistemáticamente las conquistas logradas por los campesinos durante la guerra de liberación contra los franceses y planearon una "reforma agraria" para quitarles la tierra y devolverla a los terratenientes. Toda esta vasta tarea contrarrevolucionaria fue minuciosamente estudiada por especialistas en Washington. Cuando el pueblo de Vietnam del Sur reaccionó frente a la dictadura de Ngo Dinh Diem, ellos lo apoyaron con armas y "consejeros militares" violando, así, una de las cláusulas más importantes de los Acuerdos de Ginebra. Finalmente, incapaces de sofocar la lucha del pueblo vietnamita con las tropas títeres, armadas y entrenadas por ellos, iniciaron la agresión militar directa, pretendiendo ocupar el país con sus propias tropas y extendiendo sus ataques a Vietnam del Norte y a los países vecinos de Laos y Camboya.

Frente a esta agresión persistente y cada vez más brutal del imperialismo yanqui, el pueblo de Vietnam del Sur supo organizar la resistencia bajo la dirección del Frente Nacional de Liberación, y llevar adelante una guerra popular basada en la movilización de las masas. Ha puesto en juego todos los recursos de que es capaz un pueblo organizado y dispuesto a luchar por su soberanía y sus derechos y ha

inflingido al imperialismo las derrotas más vergonzosas de su historia.

La ampliación e intensificación de la guerra no ha salvado al imperialismo yanqui de su fracaso. La ha convertido en guerra patria de todo el pueblo vietnamita, en la que se han fundido los esfuerzos del gobierno y el pueblo de Vietnam del Norte, dirigidos por el glorioso Partido de los Trabajadores de Vietnam, con los del Frente de Liberación de Vietnam del Sur, en un gran frente patrio que ha llevado a los agresores a la situación más precaria e inestable, reducidos a una mínima parte del territorio de Vietnam, donde no tienen la menor seguridad de sus vidas, ni de sus armas. Todos los métodos y tácticas que el Pentágono ha estudiado largamente para derrotar la guerra popular se han hundido en Vietnam y, antes los pueblos del mundo, el imperialismo yanqui ha tenido que mostrar su ferocidad como su impotencia. Allí ha quedado demostrada, una vez más, la justeza de la formulación del camarada Mao Tse-Tung, de que el imperialismo es un tigre de papel.

La guerra de Vietnam ha acarreado al imperialismo gravísimos problemas militares, económicos y políticos. Los ha llevado a comprometer una parte importante de sus fuerzas militares en un territorio hostil y lejano, donde la extensión de sus líneas de abastecimiento lo vuelven especialmente vulnerable. A pesar de su poderío aéreo, está incapacitado para descargar golpes decisivos, y ha tenido que resignarse a sostener una, guerra prolongada, donde sus únicas perspectivas es agotarse, mientras la del pueblo vietnamita es la de desarrollarse a sus expensas. Estos lamentables resultados, que ni sus corresponsales más hábiles logran camuflar, le significan, en tanto, una sangría económica —que por ahora sube de los 25 millones de dólares diarios—, cuyas consecuencias son incalculables.

En el aspecto político, la guerra de Vietnam ha colocado al imperialismo norteamericano en un aislamiento internacional y nacional cada vez más evidente. No sólo las naciones neutrales repudian su agresión sino que, hasta entre sus tradicionales aliados, se alzan voces de franca condenación, mientras en el seno de su propio pueblo se ha originado un poderoso movimiento de oposición que debemos señalar como uno de los acontecimientos más importantes de nuestros días. Por otra parte, el descrédito de su poderío ha sido un golpe serio para su influencia política y en las mismas esferas gobernantes de Washington, cunde el escepticismo y el desaliento. Vietnam se ha convertido en un callejón sin salida para los imperialistas yanquis.

Apoyar y ayudar al pueblo de Vietnam en su justa lucha antiimperialista es un deber ineludible de todo revolucionario. También lo es comprender profundamente esta lucha y determinar correctamente nuestro apoyo y nuestra ayuda. La actitud hacia la Guerra de Vietnam es, en estos momentos, la piedra de toque de los revolucionarios. Ella no sólo es un capítulo brillante de la Revolución Mundial sino que, al mismo tiempo, es el escollo más difícil para los traidores de la Revolución. Por una parte, está señalando a los pueblos el camino correcto para la lucha, y, por la otra, está colocando a los revisionistas en la posición más incómoda y difícil que les ha tocado enfrentar.

Frente al deber de entregar el apoyo político y material más extenso al pueblo de Vietnam, los revisionistas jruschovistas han estado recurriendo a toda clase de intrigas, presiones y mentiras para salvar al imperialismo de una situación extremadamente grave y arrastrar la lucha vietnamita a la esfera de la capitulación y de la colaboración soviético-norteamericana.

En cuanto al apoyo político, el revisionismo ha sido particularmente reticente en reconocer y apoyar al Frente de Liberación de Vietnam del Sur como único legítimo

representante del pueblo sudvietnamita, e incluso dejó pasar muchos meses antes de apoyar su plataforma política, expresada en su Declaración del 22 de Marzo de 1965. Las proposiciones de los revisionistas de llevar el problema de Vietnam a las Naciones Unidas, o de celebrar una nueva conferencia de Ginebra para su solución, contradicen las declaraciones concretas del Frente de Liberación y de la República Democrática de Vietnam. Estas maniobras de los revisionistas han coincidido con la "ofensiva de paz" de los imperialistas y, en el fondo, no son sino su rendición. Con ello, en lugar de aislar al imperialismo yanqui, han tratado de encubrirlo. Su prensa y sus instrumentos de propaganda se dedican principalmente a lamentar los ataques aéreos de los yanquis en Vietnam, tratan de minimizar las grandes victorias y los heroicos esfuerzos del pueblo vietnamita, presentando al imperialismo yanqui con la iniciativa en sus manos para, de esto, concluir que cualquier arreglo sería conveniente.

Respecto al apoyo material, ellos han alegado motivos pueriles para justificar lo reducido de sus aportes, diciendo que China obstaculiza sus envíos y que carece de fronteras con Vietnam. Sin embargo, esto ha sido terminantemente desmentido por el Ministerio de Relaciones de China, que ha declarado el tonelaje de armamento entregado por la U.R.R.S., en sus fronteras y que China ha trasladado velozmente a Vietnam y sin costo alguno, señalando, además, la baja calidad del armamento entregado, que no corresponde a las posibilidades de una gran potencia militar, como es la Unión Soviética. A esta denuncia pública, los revisionistas no han tenido respuesta que dar.

Pero, lo más grave no es eso. Nosotros creemos que la mejor manera de ayudar materialmente al pueblo vietnamita es combatir al imperialismo creándole dificultades crecientes en todo el mundo; sin embargo, el revisionismo, en su línea general de coexistencia y de colaboración con los imperialistas, han permitido que EE. UU. pueda movilizar grandes contingentes de sus tropas en Europa hacia la Guerra de Vietnam. Con su teoría revisionista de que el "compromiso lleva al compromiso razonable" — lo que han dado en llamar el "espíritu de Taschkent" lo único que han hecho es dejar las manos libres al imperialismo. La capitulación en Berlín, es una prueba de ello, así como otra demostración de sus dobleces demagógicos, es la nueva proposición, hecha por la U.R.S.S. en Ginebra, de desvincular el problema del desarme del problema de la Guerra de Vietnam.

De todos modos creemos que la ayuda internacional es un factor secundario, mientras lo fundamental es la conciencia, la militancia y el heroísmo del pueblo vietnamita. Los revolucionarios debemos estar dispuestos a prestar cualquiera ayuda política y material que sean necesarias, en la medida de nuestras fuerzas y cuando el pueblo en lucha la solicite. Lo que, en cambio, consideramos inaceptable es la actitud pseudo-revolucionaria de pretender imponer al pueblo vietnamita una ayuda que no ha solicitado. Aceptar eso sería negarle el derecho a dirigir su lucha, en la cual tanto ha servido a la causa de la Revolución, de la independencia y de la paz.

La lucha decidida y heroica del pueblo vietnamita es el principal obstáculo que han encontrado los imperialistas para desarrollar su estrategia global en Asia, cuyo objetivo final es cercar y aislar a la República Popular-China, así como contar con una base territorial firme desde donde lanzar sus futuros ataques. Este es un hecho indudable, China es un gran bastión de la Revolución Mundial. Su fidelidad al marxismo-leninismo la ha colocado como el más serio escollo para las fuerzas contra-revolucionarias que se mueven dentro del Campo Socialista. Su veloz desarrollo económico, social y cultural, obtenido en las más adversas condiciones,

la colocan como un ejemplo que encienda la fe revolucionaria de las amplias masas de las naciones explotadas y dominadas, así como su firmeza ante el chantaje y la presión del imperialismo y su lealtad a los principios internacionales proletarios la convierten en el objetivo lógico contra el que apunta la estrategia contra-revolucionaria del imperialismo yanqui. Contra ella están dirigidos el Pacto Japonés Sud-Coreano, el Tratado de Seguridad del Pacífico Norte, la ocupación yanqui de Taiwán y Okinawa, la creación de la Malasia, la contrarrevolución de Indonesia, el apoyo militar a la India y el propio arreglo de Tashkent, que procura dejar las manos libres a los reaccionarios indios para que continúen las agresiones fronterizas contra China. El imperialismo norteamericano despliega, en estos momentos, la mayor parte de su ejército y de su flota en torno a China. En estas circunstancias, los revisionistas se atreven a sembrar dudas e intrigas sobre la ayuda fraternal de China a Vietnam. ¿Puede alguien considerar en serio esas calumnias? ¿Desearían los intrigantes que China impusiera una ayuda que los vietnamitas no le han solicitado, y que parecen no necesitar ya que su lucha es victoriosa? Los pueblos de China y Vietnam tienen intereses comunes revolucionarios y antiimperialistas, tienen un enemigo común y su amistad fraternal esta basada en principios que ninguno de los dos han dejado de cumplir.

Los revisionistas, en cambio, se han convertido en los principales intrigantes para destruir esa amistad. Aspiran a negociar la paz de Vietnam con los imperialistas y contribuyen, de hecho, a crear el cerco contra China. Ellos han agredido sistemáticamente a la República Popular China; rompieron los contratos de ayuda mutua chino-soviéticos; retiraron sorpresivamente sus técnicos de China, llevándose los planos de más de 300 proyectos industriales; en una monstruosa agresión económica, obligaron a pagar aceleradamente hasta la última bala y el último fusil utilizados en la Guerra de Corea, en la que China entregó una valiosa contribución de sangre de sus mejores hijos para defender a todo el Campo Socialista; se aliaron a los reaccionarios indios y le han hecho suministro permanente e importante de armas de todo tipo para atacar a China; han tratado de crear la subversión contra el gobierno de Pekín en las provincias fronterizas y han realizado considerables esfuerzos diplomáticos para el aislamiento político internacional de China.

En medio de esta fabulosa traición, la lucha del pueblo vietnamita se ha convertido en una pesadilla, tanto para el imperialismo como para los revisionistas. Es un obstáculo grave para la colaboración soviética-norteamericana. Los revisionistas no pueden negar su aparente apoyo a Vietnam sin arriesgarse a perder sus restos de prestigio ante los pueblos del mundo. Últimamente, el propio gobierno yanqui muestra enorme preocupación porque la U. R. S. S. pueda perder influencia ante Hanoi. Por eso, la heroica lucha del pueblo vietnamita nos presta, también una valiosa contribución al ayudarnos a desenmascarar al enemigo revisionista.

V

El desarrollo de la lucha en América Latina

América Latina es una parte importante de la zona intermedia entre el imperialismo norteamericano y el Campo Socialista. Los imperialistas yanquis no podrán emprender ninguna acción importante de carácter bélico sin mantener una férrea dominación sobre ella. El hecho de ser una amplia región, donde viven más de 200 millones de seres humanos, su riqueza en materias primas esenciales para la industria de EE. UU. y Europa, así como su posición geográfica, le confieren una enorme importancia política, económica y estratégica. Conciente de ello, el imperialismo norteamericano la ha estimado siempre como su campo natural de

expansión, como su retaguardia estratégica o su "patio trasero", en la denominación despectiva que le han dado normalmente los gobernantes yanquis.

Al finalizar la II Guerra Mundial, la derrota del fascismo, la creación del Campo Socialista y el triunfo de la Revolución China, tuvieron una profunda repercusión en Latinoamérica y contribuyeron a crear un auge democrático en el panorama general de la región. A su vez, el debilitamiento de los imperialismos británico y francés habían determinado para entonces un considerable desarrollo de la industria nacional y de la burguesía industrial. Pero, el imperialismo norteamericano ocupó rápidamente el puesto abandonado por los imperialistas europeos y salió al paso a las fuerzas que impulsaban el auge democrático. Con las banderas de la guerra fría y la amenaza de la III Guerra Mundial, se instauraron y se consolidaron las sangrientas dictaduras militares o golpistas de América Latina. Estados Unidos con el control de estas pandillas gobernantes, formadas bajo su alero, obtuvo una acelerada penetración y luego un férreo dominio económico de toda la región.

En preparación de su agresión a Corea, el imperialismo aumentó sus presiones en Latinoamérica y desató una acción coordinada en contra de las fuerzas democráticas y del movimiento obrero. En Chũe se conocieron por primera vez campos de concentración para prisioneros políticos y dirigentes obreros, mientras en el resto del continente la represión llenaba las cárceles. Ahí también, el fracaso de la Guerra de Corea determinó una profunda crisis para el imperialismo, cuyos efectos en nuestra América fueron la caída de Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Odria, etc., y, de una manera señalada, Fulgencio Batista. Sin embargo, en este reflujo, las fuerzas populares estaban desorganizadas y el Poder paso, simplemente, de manos militares a manos de la burguesía, en la mayoría de los casos, burguesía comprador o burocrática, mientras los genuinos sectores nacionales apenas si aparecieron representados. La caída de Batista, en cambio, fue la coronación de un amplio movimiento nacional que agrupaba a masas campesinas y obreras y a un gran sector de la burguesía y de la pequeña burguesía. La dirección quedó en manos de un grupo avanzado, que había sido capaz de realizar con éxito la lucha armada y que llegó al poder barriendo el viejo aparato militar y estableciendo uno nuevo. Por eso le fue posible consolidarse y desarrollar una política popular que lo llevó a enfrentarse decididamente con el imperialismo; realizó reformas económicas y sociales de profundo contenido revolucionario; nacionalizó las empresas extranjeras; armó a su pueblo y fue capaz de contragolpear al imperialismo en cada una de sus acciones. La Revolución Cubana supo resistir, incluso, la agresión directa del imperialismo en Playa Girón, así como resistir al revisionismo en la crisis del Caribe, cuando se le pretendió imponer la intervención de la O.N.U. y la inspección de su armamento después de haberse retirado los cohetes para su defensa. Además, supo sintetizar las experiencias de su lucha en un documento que consideramos de gran valor para la Revolución Latinoamericana; la Segunda Declaración de La Habana.

Esta Revolución ha tenido enorme influencia en todo el continente. Demostró que es posible la insurrección antiimperialista en América Latina, dio aliento a la lucha de nuestros pueblos y creó una efervescencia revolucionaria sin precedentes, constituyendo un rudo golpe para el imperialismo yanqui en lo que considera su propia retaguardia.

Desde sus inicios, la Revolución Cubana fue combatida por el revisionismo. Le volvió la espalda en los momentos más dramáticos de su lucha armada por el Poder, denunciando incluso a Fidel Castro como un "aventurero" ante los militantes

de los Partidos Comunistas. Se plegó a ella después del triunfo en forma desleal, tratando de controlarla primero subterráneamente a través de un grupo encabezado por Aníbal Escalante y luego en una sistemática campaña de presiones, tanto internas como externas. La comprometió en la aventura internacional de los cohetes, para negociarla luego con el enemigo en forma vergonzosa. Ocultó sus documentos revolucionarios y la privó del amplio apoyo de las masas con que contaba en toda América Latina, sometiéndola al control internacional de los partidos revisionistas. Finalmente, ha comprometido a sus dirigentes en acciones y actitudes reñidas con los intereses de la Revolución Mundial y de la lucha antiimperialista, separándola de las fuerzas que luchan consecuentemente con su enemigo principal.

Los efectos de la Revolución Cubana, así como su actual orientación, debemos analizarlos en el panorama general de la lucha revolucionaria de América Latina. En primer lugar, tenemos que considerar la reacción del imperialismo yanqui ante el nuevo ascenso de esta lucha, marcado por la caída de Batista y la consolidación del primer régimen popular en América. Aplicando una estrategia continental contra-revolucionaria, trató de aislar y luego liquidar al régimen cubano, mientras organizaba un aparato represivo supranacional, que fuera capaz de sofocar cualquier intento subversivo en Latinoamérica. En estos años, a sus instrumentos políticos, logrado con el Pacto de Río de Janeiro y las sucesivas reuniones de Cancilleres en la O. E. A., ha unido sus instrumentos militares, organizando comandos militares regionales, unificando los armamentos de los ejércitos nacionales, creando escuelas antiguerrilleras en Panamá, Fort Bart, Puerto Rico y otros lugares. En buena cuenta, ha tomado todas las medidas a su alcance para evitar una nueva sorpresa como la que le deparó Cuba, donde algunas centenas de guerrilleros, apoyados por el pueblo, desarmaron y eliminaron a un ejército profesional de más de 50 mil soldados. Ha establecido nuevas dictaduras militares en el Brasil, Perú, Bolivia y Ecuador, etc., ha apoyado la ingerencia militar ultra-reaccionaria en Argentina y, por último, ha intensificado su penetración, dominio y control a través de la Alianza para el Progreso y sus diversos planes de desarrollo. Su apoyo decidido y veloz a la represión militar de los diversos focos subversivos, su agresión al pueblo panameño y su intervención directa y desembozada en la República Dominicana han sido pasos claros, destinados a no dejar dudas sobre su intención de aplastar con todos sus recursos cualquier tipo de insurrección antiimperialista.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos imperialistas, la lucha revolucionaria sigue en ascenso. La crisis económica se agrava progresivamente en América Latina en la misma medida en que se acentúa la agresión económica del imperialismo. La lucha contra la miseria y la opresión política encauza a las masas en un amplio movimiento antiimperialista que sacuda a todo el continente. Es un movimiento que se expresa de diversas maneras; en la lucha insurreccional, en la lucha huelguística, en los movimientos campesinos, en la lucha contra las dictaduras, etc.; pero cuyas características son su intensidad creciente.

Así como es evidente el desarrollo de la lucha popular es también evidente la pugna establecida por su dirección. El revisionismo privó al proletariado de una vanguardia organizada. Ha sido incapaz de marchar a la cabeza de la lucha, pero tampoco ha sido capaz de impedirla. En esas circunstancias, la dirección del movimiento revolucionario sigue siendo disputada por los partidos socialistas, por grupos escindidos de la social democracia» por grupos surgidos del movimiento campesino, por fracciones del peronismo, por partidos simplemente democráticos o nacionalistas y aún por grupos católicos o trotskistas.

En esta situación revolucionaria indudable, las divergencias y la polémica entre los partidos marxista-leninistas y el revisionismo han tenido una enorme influencia en Latinoamérica. A pesar de los esfuerzos de las direcciones revisionistas por ocultar los documentos de la polémica e impedir la discusión pública o interna de las divergencias, los elementos de la disputa estaban presentes en la práctica de la Revolución Latinoamericana y el revisionismo tuvo que enfrentarse a las críticas dentro y fuera de sus partidos. La congelación de la lucha revolucionaria y la adaptación conciliadora a la política de los gobiernos pro-imperialistas, decretadas por las directivas revisionistas de los partidos comunistas latinoamericanos como un eco mecánico de la coexistencia pacífica decretada por Jruschov, fue creando, desconcierto y luego indignación en los elementos más esclarecidos y honestos del proletariado. Una línea divisoria profunda separó en campos antagónicos a los elementos leales al marxismo-leninismo y a los revisionistas, a las fuerzas que pugnan por la revolución y a las fuerzas que buscan la conciliación y el reformismo. La brecha se sigue abriendo, de día en día, en todos los campos de izquierda de América Latina. La polémica entre marxistas-leninistas y revisionistas ha enriquecido ideológicamente no sólo a los comunistas sino también a amplios sectores de las masas en lucha. Una nueva vanguardia del proletariado se está creando, prácticamente, en todos los países de América Latina y el revisionismo va quedando cada vez más definido como un destacamento de la burguesía infiltrado en el campo del proletariado.

No obstante, aún hay sectores revolucionarios que no han comprendido la importancia de la lucha contra el revisionismo. Piensan que la polémica perjudica la unidad, confían en las posibilidades de ayuda y apoyo de las potencias y de los partidos revisionistas y, aunque a veces concientes de las claudicaciones de estos renegados, respetan el gran aparato burocrático que aún mantienen y prefieren predicar el neutralismo en la polémica.

La Revolución Cubana inició la prédica de este neutralismo en América Latina y ella ha sido recogida por muchos grupos en los cuales el pensamiento cubano tiene influencia. Sin embargo, los hechos nos están demostrando que, en la lucha revolucionaria, el que no combate al oportunismo tarde o temprano cae víctima de él. La dirección de la Revolución Cubana no es una excepción. Fue plenamente conciente de la traición revisionista en nuestro continente y hasta se atrevió a denunciar sus hechos en la II Declaración de La Habana; sin embargo cuando la lucha en contra del revisionismo se hacía en escala mundial, pretendió jugar un papel de mediador y aún de colocarse por encima de la discusión, como si fuera posible marginarse de la lucha contra el oportunismo y seguir siendo revolucionario. Empezó solicitando el cese de la polémica pública exactamente cuando al revisionismo le interesaba detenerla. Más adelante, convocó y fue la sede de la reunión de los 22 Partidos Comunistas Latinoamericanos, en los cuales los anfitriones eliminaron de su invitación a todos los partidos marxistas-leninistas aunque fueran absolutamente mayoritarios, como en los casos más notables de Perú y Ecuador. Asistió a la reunión escisionista de Moscú. Atacó encubiertamente a China en diversos discursos en que se refirió a Vietnam y a Argelia y, finalmente, inició un gran ataque abierto contra China un día antes que se celebrara la Conferencia Tricontinental, al que siguió con un documento injurioso, injusto y desentrenado que resulta inexplicable contra un Partido de gobierno y un pueblo que le ha brindado a Cuba el más generoso apoyo político, económico, aún superando sus propias dificultades, y, que jamás ha negociado sus intereses con el enemigo. La oportunidad de este ataque resulta todavía más sorprendente si se piensa que corresponde a la gran campaña de propaganda antichina desatada por

el imperialismo yanqui como preparación a sus futuras aventuras agresivas.

A pesar de su declarado neutralismo, nadie puede negar que la dirección de la Revolución Cubana está alineada junto al revisionismo. La preparación de la Conferencia Tricontinental fue otra buena prueba de ello. Sin otro argumento que la selección impuesta por los revisionistas, fueron excluidos de dicha conferencia los Partidos Comunistas marxistas-leninistas de Colombia, Perú, Ecuador, Brasil, la Vanguardia Comunista de Argentina y Espartaco de Chile, así como muchas otras organizaciones revolucionarias y antiimperialistas de América Latina. ¿A quién servían estas exclusiones, sino a los revisionistas y en última instancia a su aliado el imperialismo yanqui?.

La Conferencia Tricontinental no fue, sin embargo, una buena cosecha para los revisionistas. La presencia allí de las delegaciones asiáticas y africanas de firme posición revolucionaria, así como del Movimiento Popular Dominicano, impidieron que los planes revisionistas se cumplieran. Las resoluciones de la conferencia fueron positivas, pero organismos encargados de difundirlas y llevarlas a la acción en América Latina están con rara excepción, en manos de sus saboteadores revisionistas.

A poco de celebrada la conferencia, ya la U. R. S. S. había desautorizado a su delegado, manifestando que no representaba al Gobierno Soviético. Los partidos comunistas revisionistas por su parte, están criticando públicamente las resoluciones de la Conferencia y negándose a permitir la creación de los organismos acordados en ella.

En el momento actual, la Revolución Cubana está sirviendo de intermediaria entre el revisionismo y los grupos revolucionarios. Al predicar el neutralismo en la polémica, por una parte, y atacar a los marxistas-leninistas por la otra, están empujando a sus partidarios de toda América en brazos de los revisionistas, los aparta de la lucha contra el oportunismo y, de esta manera, los hace renunciar a la dirección de las masas y a la creación de un partido marxista-leninista capaz de llevar la lucha de las masas a un plano verdaderamente revolucionario. Permite que las masas sigan bajo la orientación conciliadora del revisionismo, mientras propugna la militarización de los grupos revolucionarios para iniciar luchas armadas. Esto significa, aislar a los revolucionarios, llevarlos a su propia destrucción en aventuras militares sin perspectivas de éxito, ya que los focos guerrilleros, sin la movilización y el apoyo del pueblo, quedan liberados a una guerra desigual donde el enemigo tiene todas las ventajas.

Hemos ya tenido dolorosas experiencias de esta índole; revolucionarios honestos que han querido seguir mecánicamente el ejemplo cubano y han ido al campo y a las montañas a crear focos de insurrección armada en condiciones muy distintas a las que existían en la Cuba de Batista, privados del apoyo de las masas y sin haber creado antes el partido revolucionario que se las entregara.

Nosotros creemos que, en el presente, la lucha insurreccional de América Latina debe enfrentar a un enemigo alerta y preparado, dispuesto a descargar golpes brutales. A ese enemigo, sin embargo, puede derrotárselo con la amplia movilización revolucionaria de las masas en escala continental. Ella debe responder a una dirección coordinada de partidos auténticamente revolucionarios y esto no es posible sin desplegar una lucha sin cuartel al revisionismo. La movilización revolucionaria de las masas sólo podrá ser realizada cuando se las haya separado de la dirección y el control que aún ejercen sobre ellas los partidos revisionistas.

En su táctica actual, los revisionistas son doblemente peligrosos y péfidos. Están

siguiendo la práctica de apoyar en sus declaraciones a los focos guerrilleros, y aún de prestarles algún tipo de apoyo material, como una forma de controlarlos. Pero, jamás les entregarán apoyo político real, jamás movilizarán a las masas para apoyar la insurrección. Presentan su apoyo a la lucha armada como una tarea separada de su trabajo político. De esta manera aíslan la lucha armada de las masas, la desacreditan y luego la comercian como una mercancía al enemigo. Sin contar los numerosos casos de delación comprobadas que han realizado de grupos dirigidos por revolucionarios que se dejaron manejar por ellos. Cuando la lucha armada es capaz de resistir, la desvían de su objetivo fundamental, de lucha por el poder, para transformarla en lucha por determinadas garantías democráticas. No podemos olvidar que, en la estrategia global del revisionismo, las revoluciones proletarias son un obstáculo y un peligro para su línea general de coexistencia pacífica, emulación pacífica y colaboración internacional con el imperialismo.

Las experiencias de Cuba y Argelia les demostraron a los revisionistas que no basta con marginarse del proceso de lucha armada para impedir el triunfo de la revolución. Por eso, ahora prefieren intervenir, aunque sólo sea con el apoyo formal y discursivo, para controlar las luchas armadas y obligarlas, finalmente, a la conciliación con el enemigo, como hemos podido verlo en Venezuela. El heroísmo y los sacrificios de los guerrilleros sólo han servido a los sucios manejos del revisionismo para obtener garantías con el gobierno de Leoni. Además, los fracasos guerrilleros exhibenlos ahora como nuevos argumentos en favor de su línea "no violenta".

Sin embargo, a pesar de estas traiciones de los enemigos infiltrados en las filas de los pueblos, la lucha contra el imperialismo y el revisionismo tiene brillantes perspectivas en América Latina. La práctica revolucionaria va desenmascarando día a día a los enemigos ocultos y poniendo en jaque al enemigo principal. Los errores, tanto de derecha como de izquierda, han enriquecido la experiencia revolucionaria del proletariado y la línea correcta, marxista-leninista, es comprendida cada vez con mayor claridad por las amplias masas. La creación de auténticos partidos marxistas-leninistas ya empieza a dar frutos en la educación revolucionaria de las masas de República Dominicana, de Colombia y otros países de nuestro continente donde las contradicciones con el imperialismo son especialmente agudas.

Nosotros, junto con desarrollar nuestra lucha, tenemos que desarrollar nuestra conciencia internacionalista y nuestra capacidad de apoyo a la lucha de nuestros hermanos. Creemos que el movimiento revolucionario internacional es la suma de las revoluciones nacionales; que cada una de ellas es una raíz auténtica y las únicas capaces de dar un carácter verdaderamente internacional. Esto nos pone en la posición de apoyar a todos los movimientos auténticamente revolucionarios, aprender de ellos y beneficiarnos con sus éxitos. No podemos aceptar la posición de los revisionistas que han pretendido llegar a un acuerdo de congelación de la lucha revolucionaria a cambio de su propia seguridad, poniendo en un mismo pie la ayuda que se prestan los revolucionarios —que es para nosotros un deber y una cuestión de principios— con la intervención reaccionaria y contrarrevolucionaria del imperialismo. Consideramos legítimo que los revolucionarios pidan ayuda y una obligación entregársela. Esto es irrenunciable y los que creen que pueden negociar con este principio a cambio de detener la agresión imperialista no sólo traicionan un deber ineludible sino que cometen un grave error al juzgar la naturaleza del imperialismo. Sabemos que la revolución no sigue un camino recto; que ella tiene avances y retrocesos; que es una tarea difícil, preñada en inmensos esfuerzos y dolorosos sacrificios; pero sabemos que su triunfo final es indudable.

Las condiciones internacionales son cada vez más favorables. El enemigo está cercado y acosado por los pueblos del mundo y nuestra revolución tendrá creciente cooperación en la lucha de los pueblos asiáticos y africanos. Lo único que no debemos olvidar jamás es que la Revolución es una tarea del pueblo; en él debemos buscar nuestro principal apoyo y nuestra fuerza vital. Una vanguardia separada de las masas no es vanguardia de nada.

Al finalizar este informe, quisiéramos recordar una anécdota aleccionadora ocurrida en la Conferencia de Solidaridad con el Pueblo Vietnamita, celebrado en Hanoi. Charlaban varios delegados latinoamericanos y uno de Uruguay — recordando posiblemente el ejemplo de la lucha cubana — se quejaba que en su país era casi imposible hacer la revolución, porque Uruguay no tenía montaña. Entonces un modesto intérprete vietnamita que lo estaba escuchando se acercó a él profundamente preocupado y, con los ojos húmedos por la emoción le dijo: "Si, claro que pueden hacer la revolución. No importa que su país sea una planicie. El pueblo es la montaña más alta".

() Edición Digital de: Archivo Revolucionario Comunista. Chile, Diciembre 2004.
Fuente: La presente edición ha sido digitalizada del libro "Recompilación de documentos del Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario de Chile – Febrero 1966" (Págs. 99-131. Ediciones Marxista-Leninistas, Toronto, 1978,).
Digitalizado y corregido por: D. E. P.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 2003 -2008